

ILUSTRACION

NON PLUS ULTRA



VICO Y CALVO

Semestre. 3' Ptas.
Año... 5'50 id.Pago en moneda, li-
branza ó sellos unica-
mente en la Administra-
cion de 10 a 1 y de 3 a 5ESCUDELLERS, 5, 7 Y 9
BARCELONA

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 16 Junio 1887

10 céntimos de pta.
y 15 los atrasados.De venta en las libre-
rias, kioscos, vendedo-
res ambulantes y punto
de costumbre en

ESPAÑA

Núm. suelto 10 céntimos de peseta

* Núm. suelto 10 céntimos de peseta

CARTAS Á UN INGLÉS

Mi querido Jhon: Confieso á V. que es taréa pesada la de periodista. V. habrá leído que los paganos, ponian entre los mayores tormentos de su infierno el que sufrian las Danaidas condenadas á llenar unos cántaros horadados, por cuyos agujeros se escapaba toda el agua que recogian; pues haga cuenta que cada periodista es una Danaide, con la sola diferencia de que los cántaros de estos, son unas cuartillas que nunca tienen fin, y el agua de que han de llenarlos ha de recojerse gota á gota, esprimiendo todas las cavidades del cerebro. Vds. los ingleses que pagan 212, 500 pesetas anuales á un redactor del *Times*, y no dan menos de diez duros diarios á un redactor de Provincia, no pueden comprender la justicia de estas quejas, porqué no saben que aquí en España el oficio de escribir para el público, cuando está más retribuido y es menos penoso, exige un artículo diario y apenas rinde para comprar tabaco.

Siendo siempre penosa de suyo, como digo, nuestra tarea, se hace sentir más cuando como ahora se le ofrecen á la pluma pocos asuntos sobre que discurrir, y aún estos pocos son tristes y aburridos, y por ende están faltos de atractivo. Desde mi anterior carta, no ha ocurrido por aquí nada digno de noticia; pues no merecen los privilegios del recuerdo, ni los descarrilamientos de algunos trenes, ni las corridas de toros que se han verificado, por ser esto cosa corriente y privativa de nuestras costumbres.

Algo, sin embargo, ha roto la monotonía en que vivimos, pero ha servido desgraciadamente para malhumorarnos con mala impresion. Refiérome en primer lugar, al hallazgo de un tierno niño degollado en la calle del Abad Safont. Este es el suceso que actualmente atrae toda la atención del vecindario, interesado en que se logre una vindicta tan rápida como severa. El misterio de que en un principio se presentó rodeado el crimen parece que se vá esclareciendo, y á estas horas es objeto de las más terribles sospechas el padre de la víctima, quién para hacer más escepcional el terrible caso, es nada menos que un agente de orden público.

Y ahora que de agente de orden público hablo Recuerda V. aquel célebre coronel Oliver jefe de orden público en Madrid, el cual durante la dominación de Cánovas se hizo famoso invadiendo el recinto de la Universidad, y descargando sablazos sobre los estudiantes? Pues este niño mimado de los conservadores, que le llamaron heroico defensor del prestigio de la ley y del orden

social, acaba de ser condenado á dos meses de arresto por no sé que palos que en medio de la calle sacudió á su yerno, y por no sé que *gruesas* palabras dijo.

Esto para colmo de lástimas ha coincidido con la muerte de la mora l'asalia, una joloana trasportada á la corte para figurar en la Exposición Filipina, la cual joven no ha podido resistir los aires frios del Guadarrama. Ha coincidido además con la recepción del Sr. Cánovas en la Academia de Bellas Artes, acto que ha celebrado el ingresante con un discurso donde con la enrevesada prosa que le caracteriza, ha ido estractando todo lo que en este último bienio se ha escrito en revistas extranjeras tocante á Bellas Artes.

Agregue V. á lo dicho el incendio que en Nueva-York mató á 1500 caballos, la explosión de lasminas de Bélgica, donde ha salido incalculable el número de víctimas, y la pavorosa catástrofe del teatro de *ópera* cómica en París, y dígame con franqueza si no hay motivos para estar avinagrado, y para dejar la pluma esperando que cese esta fatal constelación que domina el mundo

Hasta otra pues.

JUDAS TADEO

CADENA PERPETUA

novela original.

de

Pedro Huguet y Campaña

(Continuación)

—¡Oh! eso sí; porque mujer servicial y compasiva como ella no la hay. Veinte años hará que la tengo en casa; es decir, desde que quedé viuda á los dos años de su matrimonio con Gabrielito, y como entonces, por haber fallecido la virtuosa mamá de V., la sin par dona Dorotea, que santa gloria haya, no podía la chica volver al servicio de la casa, donde estuvo desde la edad de seis años, la tomé al mío condolido de su desamparo. Pero, héla aquí de vuelta. ¡Oh! es mucha mujer Felipa.

Llegó en este momento el ama con el bastón; tomólo D. Fermín, y después de haber echado la buena mujer, algunas recomendaciones al cura, para que estuviere de vuelta en punto á la hora de la cena, y de haber cruzado con D. Gonzalo un afectuoso saludo, que borró todas las nubecillas de la anterior pelotera, á pasolentos salieron del huerto el joven marqués y el anciano sacerdote.

CAPÍTULO III.

SIGUEN LAS CONVERSACIONES

Pero ahora caigo en que no he hecho en re-

gla la presentación de este respetable personaje. Apareció tan de improviso en escena, cuando más enzarzados estaban D. Gonzalo y Dona Felipa, que no dejó tiempo para dibujos. Aprovechemos este instante, en que la conversación no apremia, para trazar su retrato con dos malas pinceladas.

Era el D. Fermin hombre algo más que maduro, pues andaba cerca de las sesenta navidades. De él como del hidalgo manchego pudiera decirse, que era alto, enjuto de carnes, de recia complexión, avellanado de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. En invierno y en verano sacudía las sábanas dos horas antes que el Sol peinase sus rubias gudejas en los más encumbrados carrascos de los vecinos montes. Levantado ya, pasaba de ordinario el tiempo ocupado en pláticas lecturas, hasta que llegaba la hora de despertar á Manolito para que fuese a tañer el *Angelus*; luego celebraba misa, despues almorzaba invariablemente un nuevo estrellado, y enseguida se metía en el confesonario y allí se estaba hasta las diez aguardando penitentes que muy de tarde en tarde acudían. Daba despues un par de vueltas por el huertecico rezando las oraciones del breviario, concluidas las cuales ponía mano á la podadera ó al azadon, segun los casos, y dale, dale, hasta que Dona Felipa le avisaba que la sopa estaba refriándose. Comía, y sin levantarse de la mesa descabezaba el sueño durante quince minutos. A continuación, y bien despavilado con un regular enjuague de cabeza y manos, si no tenía enfermos que visitar, ú otra ocupación precisa, descolgaba la escopeta y el zurrón, y se iba á recorrer sotos y trochas tras la esquiva codorniz y la diparada liebre, hasta que con el parpadear de las primeras estrellas, regresaba á casa, donde, mientras dona Felipa le prevenía un frugal potaje, rezaba el santo rosario con apéndice de innumerables *pater-noster* y horas canónicas. Ponía entre el doblar el mantel y el desdoblar las sábanas, un paréntesis no mayor de hora y media, que empleaba en la lectura de alguno de nuestros escritores ascéticos del siglo XVI de los cuales era sumamente devoto, ó en preparar la homilia para el siguiente día, las vísperas de fiesta.

Tal era, con raras escepciones, la vida que venía llevando D. Fermin en Vallehondo, desde el día en que D. Santiago de Medina, padre de Don Gonzalo, le designó para aquel curato, por ser de provisión suya dicho cargo. De su carácter no hay que decir sino que jamás se dió el caso de que nadie que fuese á consultarle en sus tribulaciones, dejase de salir de su presencia socorrido ó consolado. Aunque en rigor no podía reputársele de sabio, sin embargo suplía la ciencia que le faltaba con una intuitiva perspicacia, y un natural conocimiento del corazón humano, cualidades que para aquellas gentes eran de ma or

(Se continuará)

LAS FLORES DE LA ETIOPE

I.

No será sin oírme que te vayas. Haz por irte y te retendré con mis dientes como la rémora para los navíos.

—Advierte, que pueden vernos, y sospecharían

de nosotros. Gishelia, por el sagrado cocodrilo, te digo que me dejes.

—Aquí al extremo del jardín hay un bosquecillo de sicomoros cuyas ramas tan estrechamente se enlazan, que no atraviesa por ellas el más sutil rayo de luna. Ven, Astuardo, ó daré voces para acusarte.

Gishelia y Astuardo se dirigieron al grupo de árboles que limitaba el jardín. Brillaba la luna con esa intensa fosforescencia que sólo tiene en el despejado cielo de Egipto. Los naranjos en flor, los jazmineros, y los geranios sahumaban como pebeteros el sosegado ambiente. Las estrellas tremolaban sus alas de luz con vertiginosos estremecimientos. No muy léjos se oía el ronco respirar del Nilo, cuya ancha superficie arrojaba planteados centellos. De vez en cuando el graznido de un pelicano, ó el pesado vuelo de una grulla turbaba el monótono rumor que del seno de las olas y de las palmeras se levantaba.

—Habla! dijo Astuardo á la jóven etiope en cuanto hubieron llegado ambos al bosquecillo.

—Astuardo! Hace ocho lunas que de Faraon desarraigaron del suelo las tiendas de nuestros padres, y ante el cadáver de tu hermana juraste gastar todo el veneno de las víboras que silban en los valles de Maldeck y para empapar con él tus flechas y tu puñal, y no dar descanso á tu brazo hasta haber hundido uno á uno estos hierros en el corazón de nuestros enemigos. Te acuerdas? —No cesará mi venganza, dijiste, hasta que de esas flores broten nuevos capullos! Y arrancaste de mi frente la corona de minutisas que ceñía, y la arrojaste á la hoguera que devorava nuestra tienda.

Desde entonces no volvimos á hablar de amor.

Nuestro amor era la venganza. Si trepábamos al monte, no era para engalanarnos con flores de granado y hojas de laurel-rosa, según antes solíamos, sino para acechar á algún egipcio y caer sobre él como tigres. Si bajábamos á la orilla de los ríos, no pensábamos ya en recoger guijuelas encarnadas para hacer collares, sino en emponzoñar las aguas que sedientos bebían los soldados de Faraon.

Cuando el cansancio te abrumaba buscábamos una fresca gruta donde te dormías mientras yo velaba tu sueño y te abanicaba con hojas de palma. Yo te traía leche de camellas, mazorcas tostadas y huevos de avestruz, cuando el hambre agotaba tus fuerzas. Tú en recompensa me besabas en la boca que decías tenía la suavidad del nardo.

Para tí no había luz como la de mis ojos. Para mí no había dulzura como la que fluía de tus palabras. Un día rendida de fatiga me dormí al pié de un tamarindo. Cuando desperté, no te vi. Te aguardé, no viniste. Después supe que habías caído en poder de los egipcios. Pensé que te habían dado muerte. Cuánto lloré! Desesperada me iba á despenar hasta el fondo de un torrente, pero me dijeron que habías sido conducido á Memphis para servir de trofeo al ejército de Faraon. Dejé al punto mis montañas para venir á tu lado, y huir contigo ó morir aquí.

Imaginé encontrarte arrastrando cadena, y te hallo de guarda de palacio. A qué debes eso?



LAS FLORES DE LA ETIOPE

Dicen todos que gozas favor. Yo no quise creerlo, pero ¡ay, Astuardo! tú eres muy bello, y la princesa Arsinoe tiene unos ojos que no saben disimular.

—¿Qué quieres decir? exclamó el joven etiope.

—¡Qué estoy celosa! contestó Gishelia con un pequeño ruido y rechinando los dientes. Mira; el ramo de minutisas que arrojastes al fuego, no ha echado nuevos capullos, y tú has olvidado ya tu juramento. ¡Traidor!

—¡Mientes! por los manes de mi padre, repito que mientes.

—¿Dices qué miento? Pues bien; pruébame. Pero ha de ser de esta manera. Tú eres quien cuida de echar las esencias de rosa y de violeta en el lago en que se baña Arsinoe. Toma ese pomo; destila sus gotas en aquellas aguas. Si Arsinoe mañana por la tarde asiste á la fiesta de los carros, serás perjuro.

—¡Gishelia! exclamó el joven con horror.

—Ni una palabra, Astuardo. Piensa que aun me queda otro pomo ó para Arsinoe ese que te he dado; ó para mí este que conservo. No lo olvides.

Dicho esto desapareció por el bosquecillo.

Cuando á Astuardo le pareció que la etiope debía estar lejos, arrojó el pomo que se rompió en mil pedazos y se retiró, murmurando:

—Bebe tú el veneno, sierpecita: que para la luz de mis ojos solo tengo amor!

Al marcharse no advirtió que por entre unas ramas de mirto, fulguraban dos pequeñas llamas, como las que despiden los ojos del chacal en la oscuridad de la noche.

II.

El Faraon había dispuesto tres días de fiestas para celebrar el 16º aniversario del natalicio de su hija la princesa Arsinoe.

El primero era el destinado para la carrera de carros. De todas las partes del imperio habían acudido á Memphis, famosísimos aurigas ganosos de disputar el manto de púrpura y oro, que era el premio de la victoria. Por do quiera se oía el relincho de fogosos corceles, blancos unos como las plumas del cisne, negros otros como las sombras del Erebo; hermosísimos todos. Inmensa gritería atronaba las calles, sobre las cuales se extendían anchos toldos de lino blanco y azul, que con las guirnaldas de rosas prendidas en los rojos *varau-dah* ó terradillos, y las verdes hojas de limonero derramadas por el suelo, formaban un conjunto de brillantísimos colores, cuyos vivos matices entonaban los rayos del sol que caían como flechas de fuego y encendían las columnas, los toldos y los ramos.

Era la hora de dar comienzo á las carreras. Al pié de las amplísimas graderías del faraónico palacio, y por entre las gruesas columnatas de pórfido que imitaban colosales troncos de palmera y cuellos de elefante, bullía espesa muchedumbre. Seis corceles más blancos que el ampo de la nieve, y cubiertos con sendos arneses guarnecidos de pedrería, piafaban prontos á dispararse apenas el cochero aflojase las riendas con que los enfrenaba.

Y para ello sólo esperaba que la princesa montase en el carro, obra prodigiosa de arte y de riqueza, labrada en una pieza de marfil.

Por fin sonaron arpas y címbalos, y seguida de vistosa turba de bellas esclavas que iban sahumando el aire con aromas y moviendo anchos abanicos, apareció la princesa en lo alto de la suntuosa escalinata. En verdad que era hermosísima Arsinoe con su túnica azul escarchada de perlas, sobre la cual caía un gracioso manto color de naranja, rameado de plata. En su rostro resplandecía la risa de la primavera. Postróse la multitud, y la saludó con himnos y voces de entusiasmo.

Dirigiase Arsinoe al carro, cuando se adelantó una joven cuyas atezadas mejillas y relumbrantes ojos delataban las caricias del sol del desierto. Dobló una rodilla, y presentando á Arsinoe un canastillo lleno de flores de minutisa, dijo:—Bella princesa, acepta el don de tu sierva. En este día de júbilo, no hagas que esté triste, rehusando el perfume de unas flores en las cuales he puesto los deseos de mi alma.

Arsinoe dirigió á la jóven una sonrisa, y cogió del canastillo una flor de minutisa. Enseguida subió al carro que haciendo resonar las ruedas de bronce arrancó con velocidad, seguido de bandadas de palomas y bajo una lluvia de hojas de clavel que de las terrazas caían.

III.

Siete veces habían los carros de los luchadores recorrido el estadio señalado al efecto cabe las márgenes del Nilo, y siete veces las trompas habían proclamado el triunfo de Astuardo. Los vótores del innumerable concurso proclamaban el nombre del bizarro vencedor, y Arsinoe temblaba de placer. Llegó el momento de otorgar el premio. Astuardo bajó de su carro, y fué á postrarse á los piés de la princesa para recibir el manto bordado de oro. Una nube de fuego cegó los ojos de Arsinoe; un delirio de amor asaltó á la frente de Astuardo. Este subió al trono donde estaba sentada la princesa que se adelantó para recibirle. El jóven etiope le besó la mano, y murmuró muy quedo, sin que pudiesen oírle las esclavas nubias que asistían á Arsinoe:—El manto de oro es premio á mi destreza; esa flor de minutisa que llevas prendida en el broche de tu túnica será el premio de mi amor. ¡Oh! Arsinoe, bésala y dámela, ó muero!

Arsinoe desprendió la flor, la besó, y se lo dió á Astuardo, quien á su vez puso los labios en ella. Tan rápido fué esto, que apenas pudo ser notado por el acompañamiento de la princesa.

De repente palideció Arsinoe, dió un grito, puso su mano sobre el corazón, y se tambaleó como ébria. Acudió Astuardo, pero al cogerla entre sus brazos, también como ella palideció, y asidos los dos rodaron por las gradas del trono. Corrieron los soldados alborotados á la vista de aquel terrible accidente, y levantaron del suelo dos cadáveres. El pueblo egipcio lanzó ahullidos de furor, y Faraón que se encontraba en un trono frontero, se mesó los cabellos y rasgó sus régias vestiduras.

Gishelia salía entonces de entre la amotinada

multitud, y ceñida con flores de minutisa, se dirigía al Nilo, en cuyas aguas se arrojó murmurando un extraño himno.

LIQUIDACIÓN

Mientras yo viví rendido
a tu hechicera beldad,
ambos, Celia, hemos vivido
en dulce comunidad.

Todo revuelto y fundido
en agradable montón,
lo amado y lo aborrecido,
el alma y el corazón.

Mas hoy que por fin disuelto
está aquel pacto social,
y queda ya libre y suelto
con sus bienes cada cual,

Que ha llegado el tiempo arguyo,
de que sin malos extremos
buenamente nos llevemos
yo lo mío y tú lo tuyo.

Este pobre corazón
tan desgarrado y sombrío,
sin dicha y sin ilusión,
dámelo, Celia, que es mío.

Para que en mi mal no influya
como ha influido hasta ahora
esta alma dura y traidora,
tómala, Celia, que es tuya.

Estos suspiros amantes,
este loco frenesí,
y estas promesas constantes,
también me tocan a mí.

Esos perjurios livianos,
ese pérfido desdén,
y esos pensamientos vanos,
Celia, son tuyos también.

Enamorados cantares,
capullos de una ilusión,
y llanto vertido á mares,
míos, Celia, míos son.

Esos soberbios deseos
que inspirara Belzebú,
esos ruines devaneos,
por tuyos, tómalos tú.

Y pues que en justicia arguyo
hemos partido ese lío,
vete, Celia, con lo tuyo,
que yo me voy con lo mío.

A LOS CUARENTA AÑOS

Dulces recuerdos que en tropel surgiendo
golpeais mi frente con tenaz furor,
dejadme en paz; desvaneced pronto;
me dais horror!

¿A qué venís con espejismos vanos
mi corazón marchito á alucinar,
si esos fantasmas que finjís risueños
no he de gozar?

Dejadme á solas con mi torva calma;
no renovéis un tiempo que pasó:
¿no véis? la adusta nieve de los años
mis sienes blanqueó!

SONETO

Mas quiero yo un rincón de mi casucha,
mi pluma y mi velón de cada noche,
un sueño que el cuidado no desmoche,
y hacer sonar cien reales dentro una hucha,
Que serme una onza de oro una garrucha
por las calles correr tendido en coche,
y llevar de diamantes rico broche
con mi conciencia y con mi paz en lucha.

Quédese para quien penas cohecha
la voraz ambición que al alma espicha
con su dorada pero aguda flecha.

Que á mi en el mundo sólo me encapricha
vivir alegre hasta remota fecha
sin perder nunca mi modesta dicha.

ÍNTIMA

Hoy me inspiras desden, y antes te amaba
con loco paroxismo,
y al notar este cambio tu me dices
que yo no soy el mismo.
El mismo soy; te engañas: yo adoraba
tu virginal virtud;
la perdiste por loca ó por infame;
la cambiada eres tú.

NUESTRAS LÁMINAS

VICO Y CALVO

Antonio Vico y Rafael Calvo son los genuinos representantes del arte dramático contemporáneo en España. Hablar aquí del mérito de estos insignes actores, sería suponer que hay quien los ignora, ó que no ha sentido los escalofríos del horror sublime viendo al Walter de la *Muerte en los labios*, al D. Juan de la *Capilla de Lanuza*, al Fernando de *Vida alegre y Muerte triste*, al Carlos del *Nudo Gordiano*, ó no ha palpitado de entusiasmo oyendo al D. Pedro del *Zapatero y el Rey*, el Yorick del *Drama Nuevo*, el Ernesto del *Gran Galeoto*, el Segismundo de *La Vida es Sueño*, y el Príncipe Carlos de *El desdén con el desdén*.

A no ser Vico, Calvo sería el primer actor del teatro Español; y á no ser Calvo, esta gloria correspondería á Vico. El uno posee el sentimiento de la realidad, la inspiración del momento, el otro los arranques del alma, el delineamiento de la frase, el calor de la vida, y ambos el gesto plástico, y el entusiasmo artístico; entusiasmo que han evidenciado uniéndose los dos grandes actores para tejer con sus laureles una espléndida corona á nuestro teatro nacional.

Nuestro aplauso pues, al sucesor de la gloria de Romea y al sucesor de la gloria de Latorre, con tanto mayor motivo, como que han venido á hacer campaña de sus triunfos esta capital del Principado que de antiguo les profesa alta estima y viva admiración.

ELECTRICIDAD

Hay algo sobre la tierra
que mueve continua guerra
con invencible poder,
y mantiene, arrasa, eleva,
á su antojo el mundo lleva,
y chispea por do quier.

Algo misterioso y vano
que no lo palpa la mano,
ni lo alcanza la razón;
que causa placer ó enojos
y que sin verlo los ojos,
se siente en el corazón.

Cuando al firmamento sube
trueno en la cóncava nube
con horribles fragor,
y es la divina centella
que en los ojos de una bella
enciende piras de amor.

Vibra su soplo furente
allá en el picacho ingente
del nevado peñasal;
riza del ave las plumas,
del hondo mar las espumas
y las ojas del rosál.

Por nuestras venas circula,
entre los vientos ondula,
dá al cerebro inspiración,
infunde á la vida á la muerte,
y hasta á la materia inerte
le comunica atracción.

Este espíritu divino
cuyo ardiente torbellino
rebosa en la inmensidad,
es nùmen que al orbe mueve,
y al que el siglo diez y nueve
le llama "Electricidad."

Tip. AL TIMBRE IMPERIAL, Escudillers, 12.

